

NAIARA GALARRAGA GORTÁZAR\*

# Prólogo: Welcome to the Aquarius



Envié el primer artículo desde el Aquarius antes de zarpar del puerto siciliano de Catania un viernes de junio. Un texto corto, de esos que pasan inadvertidos en estos tiempos en los que lograr la atención del lector es tarea ardua. Contaba una decisión de Naciones Unidas que podía parecer burocrática. Pero era inédita. Solo con el tiempo sabremos si abre el camino para perseguir, en el ámbito de la justicia internacional, un negocio tan lucrativo como moralmente reprobable. El Consejo de Seguridad de la ONU imponía por primera vez en la historia sanciones a traficantes de personas, congelaba sus bienes y les impedía viajar, como ocurre ya con terroristas y otros acusados de violar los derechos humanos. Es improbable que tenga consecuencias a corto plazo pero quizá sí a largo. Entre los seis sancionados, destacaba uno: el jefe de la Guardia Costera libia en Zawiya.

\* Reportera internacional de *El País*, ha cubierto asuntos migratorios en varias etapas de su carrera. En verano de 2018 estuvo tres semanas a bordo del barco Aquarius de las organizaciones humanitarias SOS Mediterráneo y Médicos Sin Fronteras. Actualmente es corresponsal de *El País* en Brasil.

Junto al fotógrafo Óscar Corral, la otra mitad del equipo de *El País*, acabábamos de dejar nuestros bártulos en el camarote justo antes de que el capitán nos diera un paseo por el buque y las primeras instrucciones: «Sed puntuales y, en las escaleras, siempre una mano en la barandilla».

Con aquel artículo estrenamos el wi-fi de a bordo, que fue nuestro hilo de comunicación con los lectores y espectadores durante las siguientes tres semanas. Sentimos alivio al soltar amarras. Nuestro temor a que, en el último minuto, el xenófobo Matteo Salvini impidiera zarpar al Aquarius no se materializó. Salvini contaba desde hacía pocos días con amplios poderes como ministro del Interior de Italia y atizaba a diario con su discurso incendiario contra las ONG, pero finalmente el Etna quedó a popa y nos adentramos en el Mediterráneo.

A los periodistas que escribimos de migraciones nos suelen reprochar —y con razón— que nos centramos demasiado en el momento más dramático de la experiencia de los migrantes, en el cruce ilegal de fronteras, y prestamos menos atención de la que merece a todo lo que precede y lo que sigue a ese instante en el que alguien se la juega a todo o nada.

Precisamente por eso es tan valioso este libro que tiene entre sus manos. Porque nos adentra en un aspecto del fenómeno que es esencial: el de los hombres que organizan los viajes clandestinos de personas que buscan un país, un continente, que ofrezca seguridad y prosperidad. Solemos saber cuánto cobran a la clientela, cómo suben o bajan las tarifas según la oferta y la demanda, de qué modo agudizan el ingenio para mantener el negocio, pero poco más. Sus

vidas, sus motivaciones, sus métodos —y, por supuesto, sus identidades— suelen ser un enigma.

*Confesiones de un traficante de personas* es como una novela de acción —pero, cuidado, esto es la vida real— que adentra al lector en los entresijos de lo que los autores califican como «la mayor y más despiadada agencia de viajes del mundo». No piensen en el patrón de la patera. Ese es el último eslabón del entramado. Estas páginas abarcan el nervio de esas organizaciones criminales. Los autores indagan sobre sus líderes, los entrevistan, y nos permiten descubrir a algunos de los poderosos de esta industria, a personajes como Josip Lončarić, el escurridizo jefe de un imperio millonario, el tipo que con su exesposa introdujo al noventa por ciento de los chinos que entraron en Italia a finales del siglo pasado; o a traficantes más improbables, como el misionero congolés que escapó de una guerra y convirtió aquella experiencia en un negocio que dirige desde una iglesia en Uganda. O a localidades enteras que viven de ello porque no hay ninguna otra industria que ofrezca una vida decente. Este es un viaje que incluye recorridos por rutas migratorias que abarcan medio mundo, veleros de lujo —levantan menos sospechas de los guardacostas—, reclutamiento en Craigslist, ofertas en Facebook y, cómo no, tugurios diversos...

Otra gran virtud de *Confesiones de un traficante de personas* es el trabajo a cuatro manos. Porque aúna el mejor reporterismo de un periodista a pie de calle con el conocimiento detallado, metódico, de un estudioso, un criminólogo. Dos ámbitos (periodismo y academia) que se suelen dar la espalda. Combina el periodismo sobre el terreno, el cara a cara con traficantes que ofrecen la mejor versión de

sí mismos en sus guaridas o en la cárcel, con la información de sumarios judiciales e investigaciones policiales. Y cómo un día fiscales italianos empezaron a investigar a quienes traficaban con migrantes, del mismo modo que hacían con las organizaciones mafiosas. Es posible que aquello también pareciera entonces una decisión burocrática más.

Estas páginas describen un gremio que mueve un negocio multimillonario y con gran potencial de crecimiento en las próximas décadas. Si la tendencia a fortificar fronteras, levantar vallas, vender armas y frenar el libre comercio persiste, todo parece indicar que así sucederá. Las vías legales para llegar a Europa son escasísimas; las que llevan a Estados Unidos o Australia se van estrechando. No hay ventanilla en la que ofrecerse, ni prácticamente méritos que valgan para entrar con derechos y obligaciones en Europa —admirada por sus valores y estabilidad— desde los rincones más pobres o más convulsos del planeta. Todo esto aboca a cientos de miles de personas a ponerse en manos de traficantes de seres humanos, a emprender peligrosísimas travesías. La combinación de globalización y desigualdad genera excedentes de clientes.

El día que me telefonearon desde Altamarea para invitarme a escribir este prólogo era otro viernes. Una tarde soleada en Marsella, la gran capital portuaria y mestiza de Francia. Acababa de desembarcar del *Aquarius*. Los seiscientos treinta últimos rescatados estaban ya en tierra firme, en Valencia, desde hacía unos días.<sup>1</sup> La mayoría pidió

1 El *Aquarius* dejó de rescatar migrantes a finales de 2018 después de que Gibraltar y Panamá le retiraran la bandera y no lograra que ningún país le concediera una para continuar con su misión.

asilo político en España, un país que nunca estuvo en sus planes. Al zarpar de Libia en patera, su deseo era ir a Italia. Pero dos cambios de gobierno casi simultáneos —uno esperado en Italia y uno sorpresivo en España— dieron un giro inesperado a sus vidas. Salvini, líder de la Lega Nord (Liga Norte), un partido creado contra los italianos del sur que, para extenderse por todo el territorio, la emprendió con los extranjeros, quiso estrenar el cargo de ministro del Interior de un gobierno xenófobo-populista con un golpe en la mesa. Decretó el cierre de los puertos italianos a las ONG emulando la política de la discreta Malta. Y el pasaje del Aquarius quedó en un limbo. Aminata, siete años, de Sierra Leona; Samuel, veintisiete años, de Nigeria; Jessica, veintitrés años, camerunesa; Nasser, treinta y cuatro años, de Argelia; Adam, veintinueve años, de Sudán... así hasta seiscientas treinta personas quedaron varadas en medio del mar a la espera de que alguien en Europa aceptase acogerlos. Únicamente se ofreció España. El gobierno del socialista Pedro Sánchez, que acababa de echar a andar solo unos días antes, les invitó a desembarcar en el puerto de Valencia.

Impresionaban los lagrimones de muchos de ellos al descender al muelle. Pisaban Europa. Un respiro en la odisea que estos afortunados habían iniciado meses o años antes. El horror de Libia había quedado atrás. También el gran cementerio del Mediterráneo, porque sabemos que en cinco años se han ahogado catorce mil personas en la antesala de Europa. Son los muertos de los que alguien tuvo noticia. Desconocemos cuántos murieron sin testigos.

Los socorristas de SOS Mediterráneo y los sanitarios de Médicos Sin Fronteras les habían salvado, curado, alimentado

y mimado desde que subieron a bordo y cada uno fue saludado con un sencillo: *Welcome to the Aquarius*. Por fin estaban a salvo.

Durante aquellos días con ellos, escuché y escribí las historias de quienes quisieron contarme la suya. Óscar los retrató con tacto y logró que todo aquel material llegara a la redacción cada día en tiempo y forma. Sentada en el suelo en cubierta, a la sombra de una lona, me hablaron del hartazgo con la corrupción, de guerras, de desesperanza, de persecución, de torturas, de compañeros de viaje que sucumbieron, de ilusiones, de decepciones, de aspiraciones... De los campamentos en los que los traficantes reúnen a los migrantes durante días o semanas a la espera del momento idóneo para zarpar y arribar a las playas donde nuestros niños aprenden a nadar y nosotros desconectamos en verano.

Aquellos seiscientos treinta rescatados del *Aquarius* recibieron una atención excepcional. Y tuvieron una solución también excepcional. El cierre de los puertos de Italia supuso un punto de inflexión. Hasta doce barcos de diferentes ONG llegó a haber en las aguas frente a Libia, pero las autoridades europeas emprendieron una campaña de hostigamiento, persecución administrativa y criminalización que prácticamente los expulsó. El *Aquarius* quedó fondeado en Marsella porque en el verano de 2018 le quitaron la bandera dos veces —Gibraltar, primero, Panamá después— y varias embarcaciones estaban en puerto por asuntos burocráticos; un capitán en el banquillo, tripulantes investigados por favorecer la inmigración ilegal... La forma en la que se percibe el trabajo de las ONG se ha enrarecido, también en la opinión pública.



«No somos responsables de esta situación ni la solución, somos un síntoma», recalcó una de las representantes de Médicos Sin Fronteras en la multitudinaria conferencia de prensa que la tripulación ofreció al llegar a Valencia. Los barcos de rescate de las ONG como síntoma de los enormes agujeros negros que deja una política migratoria obsesionada con levantar muros (físicos y administrativos) cada vez más altos y más al sur, más lejos de las fronteras de la UE. Y delegar en terceros, sea Libia, Marruecos... la tarea de poli malo.

Aunque en 2018 han llegado a las costas de la UE diez veces menos migrantes que en 2015, la cuestión causa más estragos que nunca en el ámbito político. Aquel año, más de un millón de personas desembarcaron en lanchas y luego siguieron a pie hasta el corazón de Europa, en busca de seguridad y un trabajo decente con el que sacar adelante a sus familias. Europa se encontró ante una situación inédita. Se atragantó. Fue improvisando, y cuando apeló a la solidaridad (uno de los valores sobre los que se fundó la Unión) la respuesta no estuvo a la altura de las grandes proclamas. Suecia y Alemania destacaron entre los generosos. La primera, por convicción; la segunda, para gestionar una crisis que tocaba a la puerta. Hungría y Polonia simbolizan el otro extremo, al frente de sociedades especialmente homogéneas y con un discurso abiertamente islamófobo: ambos países se negaron a acoger a refugiados.

Los húngaros han tardado pocas décadas en olvidar que sus padres y ellos fueron, tras la invasión soviética de 1956, los primeros que pudieron huir y recibir protección internacional gracias a la recién estrenada convención de los refugiados acordada tras los horrores de la Segunda Guerra Mundial. En aquella época, la pensadora Hanna Arendt ya

criticaba las reticencias a acoger a los menores que huían solos tras haber perdido a sus padres en la contienda. Entonces también se cerraron puertos a barcos cargados de judíos que habían sobrevivido a los nazis y a los que nadie quería acoger... Y de las islas Canarias zarpaban barcos clandestinos que intentaban esquivar las patrulleras de la Guardia Civil para cruzar el Atlántico, repletos de españoles hambrientos que pagaban fortunas por penosas travesías hacia la entonces próspera Venezuela.

Agitar con medias verdades o con mentiras flagrantes el miedo a los extranjeros, mostrarlos como la gran amenaza a nuestro bienestar, da votos. Lo han comprobado en los últimos años muchos partidos. Primero fue la táctica de formaciones marginales o secundarias en el panorama político, pero buena parte de las principales fuerzas políticas del continente han visto que era un filón para frenar la fuga de electores ansiosos de soluciones sencillas en un mundo cada vez más complejo. Se han apuntado al discurso del miedo. Y ha calado. La ola de atentados yihadistas que mató desde 2015 a cientos de personas en París, Bruselas, Barcelona... contribuyó a que ese miedo calara, aunque la inmensa mayoría fueron perpetrados por europeos que cruzaban fronteras con pasaportes, se habían criado en escuelas europeas y, en ocasiones, radicalizado en prisiones europeas. Sí, eran hijos o nietos de inmigrantes, una ínfima minoría en sus comunidades de millones de personas, de las que también salieron muchos de los policías que los persiguen.

En esta era en la que hay más información y de mejor calidad al alcance de cualquiera que nunca en la historia

—aunque sea mezclada con mucha morralla— asombra el abismo entre las percepciones y los hechos en todo lo que atañe a los migrantes irregulares y pobres. Resulta elocuente la última encuesta en la que Eurostat preguntó a los europeos: «¿Cuántos migrantes cree que hay en su país?». La mayoría respondió que había el doble de los que en realidad hay. Los italianos dijeron casi un 25% (son el 7%), los españoles un 23% (son casi el 9%), los húngaros el 9% (son el 2%)... Y así sucesivamente. Esos inmigrantes son a menudo también los hijos de las parejas Erasmus, Vargas Llosa, la señora que cuida de su madre, un emprendedor que creó una cadena de restaurantes o ese compañero de trabajo que nació en Argentina, Rumania, Italia o Taiwán.

El resultado de la encuesta es desolador, pero también puede verse como un incentivo. Todo intento de arrojar luz sobre los recovecos más desconocidos, o los más evidentes, del fenómeno de la inmigración es bienvenido a un debate en el que los europeos, y por supuesto los que aspiran a vivir en nuestras sociedades, nos jugamos nuestro futuro.

Madrid, octubre de 2018